

gestión de la vida cristiana mediante el control de la muerte. Ante las puertas de la muerte no sería improbable que el cristiano haya tenido en la mente la imagen recreada por la imaginería medieval del purgatorio y el infierno, puesta a punto con una impresionante topografía que el mundo moderno no terminará nunca de admirar en la obra de Dante. Ante las puertas del infierno pudo haber visto las palabras grabadas

Por mí se va hasta la ciudad doliente

*por mí se va al eterno
por mí se va a la gente condenada*

La justicia movió a mi alto arquitecto.

*Hízome la divina potestad,
el saber sumo y el amor primero*

*Antes de mí no fue cosa creada
Sino lo eterno y duro eternamente.
Dejad los que aquí entráis, toda
esperanza.*

Imaginar pudo el doliente la sangre, el llanto, los profundos quejidos y las súplicas ante el suplicio. Tanto sufrimiento que condenaba a los hombres injustos debió haber

despertado en los creyentes el temor de Dios; con él de la mano, al igual que Dante del mantuano, pudo haber imaginado recibir la misma respuesta que el barquero Caronte die-ra al intruso visitante, como hombre justo que fue

*Por otra vía y otros puertos
a la playa has de ir, no por aquí;
mas leve leño tendrá que llevarte.*

Compleja, muy bien documentada y por tanto con una densidad a la altura del tema que aborda, *Una literatura para salvar el alma. Nacimiento y ocaso del género 1600-1760*, es un buen ejemplo de las empresas intelectuales que se acometen con la intención de hacer la revisión crítica de su objeto y que acaban convirtiéndose en verdaderos manuales por la presentación sistemática del tema. Compuesta de un modo circular, la aproximación al objeto de manera recurrente y cíclica va revelando en cada fase de contacto nuevos matices, nuevos aspectos de un objeto por demás interesante por su plenitud de implicaciones filosóficas y espirituales. Su lectura será recomendable para quien quiera tener una primera aproximación a la atmósfera espiritual

de la sociedad novohispana de los siglos XVII y XVIII, previos al advenimiento de la crítica ilustrada que, procedente de la metrópoli, pretendió erradicar muchos de los fundamentos de la vida social de entonces y que sólo muy escasamente logró conseguir. Concepción Lugo comparte en su interpretación las visiones que adscriben el origen de nuestros comportamientos y actitudes frente al mundo en aquellos ya lejanos siglos. Si bien su estudio concluye en los umbrales de la modernidad, advierte la sobrevivencia de prácticas y mentalidades en la sociedad mexicana contemporánea, del mismo modo que bosqueja la mutación y sobrevivencia de algunos vestigios del género como la oración fúnebre, que de resaltar valores piadosos en la sociedad tradicional, pasa a exaltar los valores cívicos en el discurso político.

El libro de Concepción Lugo ilumina aspectos inéditos en la investigación historiográfica basada en fuentes documentales poco utilizadas y que, por esa condición, de manera colateral, pone en evidencia la necesidad de revalorar la riqueza, consistencia e historia de nuestro patrimonio bibliográfico y documental.

Sospechosos y disidentes. Otros gringos en México

Mónica Palma

Diana Anhalt, *A Gathering of Fugitives. American Political Expatriates in Mexico, 1948-1965*, Canadá, Archer Books, 2001.

Este libro relata la historia de un grupo de estadounidenses llegados

a México en los años inmediatamente posteriores al fin de la Segunda Guerra Mundial, y sobre los que la historiografía de la inmigración en México tenía escaso registro. A diferencia de otros grupos de inmigrantes, tales como el español —sobre el cual existe una abundante bibliografía—, el judío, el chino,

el libanés, o el francés, la historia de los norteamericanos¹ en el país no ha despertado demasiado interés entre los estudiosos del tema inmigratorio.

De acuerdo con una investigación realizada en 1994, de los 812 títulos de que disponía en esa fecha el estudio de la inmigración en México,

sólo 57 correspondían al grupo estadounidense.² En los últimos años, numerosas y diversas obras se han sumado a la historiografía del tema, pero las relativas a la presencia estadounidense se cuentan con los dedos de una mano. Tal desinterés historiográfico es poco entendible si se considera que los estadounidenses constituyen, del mismo modo que otros grupos,³ una inmigración histórica, y desde 1950 integran el primer grupo extranjero radicado en el país.⁴

Una historia de agravios, la completa asimetría del desarrollo económico entre Estados Unidos y México, la enorme distancia en los índices de bienestar, las diferencias en la composición de la población de ambos países —uno de ellos, un país formado fundamentalmente por inmigrantes, el otro, un país predominantemente mestizo— sus distintas pautas socioculturales, la cercanía, y el tener que vivir y lidiar cotidianamente con el peso económico, político, militar, cultural del poderoso vecino del norte, sin duda son algunos factores que han intervenido en la antipatía manifestada por algunos mexicanos hacia este grupo de residentes extranjeros. Aunque es muy cierto también que otros mexicanos perciben el estilo de vida estadounidense con admiración, y como un modo de vida a seguir.

El poco aprecio hacia los norteamericanos ha repercutido posiblemente en la indiferencia mostrada respecto a su estudio. De ahí la importancia de la obra de Diana Anhalt. La autora rescata la historia de un grupo poco característico de estadounidenses. No se trata de empresarios, inversionistas, ejecutivos, es decir, de hombres de negocios; tampoco de técnicos, profesionistas u obreros calificados; no son artistas, deportistas, ni turistas. Se trata de un grupo reducido de disidentes políticos que se vio obligado a

salir de su país durante el llamado “tiempo de canallas”,⁵ y que los mismos protagonistas de esta obra han designado como “los años horribles”, “los tiempos malos”. La autora inscribe la huída de estos norteamericanos, muy queridos y cercanos a ella, ya que sus padres, y por lo tanto ella misma, fueron parte del grupo, en el ambiente anticomunista que siguió al fin de la Segunda Guerra Mundial.

En efecto, el poder militar y político adquirido por la Unión Soviética durante la contienda, la extensión de su área de influencia en Europa y en otras regiones del mundo,⁶ y la proliferación de las ideas comunistas al terminar la guerra, fueron sucesos percibidos por los dirigentes occidentales, particularmente por el gobierno de los Estados Unidos, como una amenaza a la supervivencia del modelo capitalista de libre empresa y de democracia parlamentaria. De este modo, el gobierno norteamericano desarrolló una política internacional basada en la estrategia de la contención,⁷ cuyo principal objetivo consistía en frenar el “expansionismo soviético en zonas de interés vitales para la seguridad de los Estados Unidos”, fortalecer económica y políticamente a las naciones amenazadas por el expansionismo soviético y reducir su influencia más allá de sus fronteras. De este modo, el gobierno norteamericano adoptó, tanto en el plano internacional como en el ámbito nacional, una actitud profundamente anticomunista y antisoviética. El 22 de marzo de 1947, el presidente Truman promulgó un Orden Ejecutivo que ponía en práctica un programa de lealtad, cuya finalidad era localizar y excluir del gobierno la infiltración de personas desleales y subversivas.⁸ Asimismo, al amparo de la Ley Smith,⁹ se aplicó una férrea persecución a los líderes y militantes del Partido Comunista de

Estados Unidos.¹⁰ Y no sólo a ellos, se extendió a todos aquellos que simpatizaran con las ideas socialistas, comunistas, a los que estuviesen en favor de los derechos civiles, de las minorías; a profesores universitarios, escritores y artistas afectos a las causas democráticas y progresistas, a los brigadistas internacionales de la guerra española, o simplemente a los que asumían una actitud crítica respecto a la campaña antisoviética, antiroja.

En este ambiente de fobia comunista emergió la oscura figura del senador republicano por el estado de Wisconsin, Joseph McCarthy. En el decenio de 1950, este senador fue el principal inquisidor de todos los que profesaban ideas comunistas o simpatizaban con los movimientos democráticos y progresistas. Por supuesto, antes de él hubo otros inquisidores, pero McCarthy logró una gran audiencia e incluso respaldo popular.

Hacia 1954, en lo más álgido de su furia anticomunista, el senador acusó al Departamento de Defensa de estar infiltrado de comunistas, y comenzó una serie de audiencias para investigar a supuestos militares subversivos. La tolerancia a este senador, tanto de parte de los republicanos como de los demócratas, llegó a su límite. La carrera de McCarthy terminó el 2 de diciembre de 1954, fecha en la que el Senado aprobó un voto de censura en su contra. Su influencia, sin embargo, había de perdurar algunos años más, ya que la administración de Eisenhower también se distinguió por su anticomunismo.

En este escenario histórico tuvo lugar la emigración de aproximadamente 60 o 70 familias estadounidenses a territorio mexicano. Ciertamente hubiesen preferido emigrar a Europa, pero como este grupo se formó de algunos exbrigadistas internacionales de la guerra de Espa-

ña; de escritores, guionistas, artistas de Hollywood acusados de comunistas; de militantes del Partido Comunista y del Partido Laborista, y de unos cuantos militantes del movimiento de los derechos civiles y del movimiento obrero, fueron catalogados como sospechosos. Por consiguiente, el gobierno de su país había revocado sus pasaportes y se negaba a expedirles documentos de viaje. Canadá y México aparecieron entonces en su horizonte emigratorio, ya que a estos países podían ingresar libremente como simples turistas, y por la cercanía geográfica regresar más pronto cuando la fobia anti-comunista se apaciguara. La autora subraya que no se trató de un grupo homogéneo por lo que toca a su profesión y actividades, sin embargo los unía su postura política de izquierda, su camaradería y amistad.

Uno de los aspectos que distinguen a este grupo de expatriados estadounidenses es que no ingresaron al país como asilados, ni optaron por solicitar el derecho de asilo una vez en México. Y es que, con excepción de algunos casos, la mayoría de ellos salió principalmente por el ambiente políticamente hostil a su ideología, y no tanto porque pesara sobre ellos una orden directa de aprehensión o porque su vida corriera peligro. Su principal temor era ser llamado a declarar e involucrar a otros amigos, a compañeros, a familiares, para evitar ir a la cárcel, cuestión por demás complicada. Pero difícilmente podían demostrar que eran sujetos de persecución. Como la misma autora señala se trató de un pequeño grupo de "expatriados voluntarios".

Entre los grandes aciertos del trabajo de Diana Anhalt, uno de ellos es darle voz a los propios expatriados. A lo largo de los siete capítulos que integran el libro, la autora, luego de haber realizado una exhaustiva búsqueda de información, de

haber revisado numerosos documentos en varios archivos de Estados Unidos, y de la consulta de un sinnúmero de artículos, trabajos académicos, novelas, y sobre todo, con fundamento en los testimonios, en la memoria de los protagonistas, relata de un modo ágil y sin prejuicios, sin temor, la historia del grupo, y a la vez, deja que ellos narren sus propias experiencias, que expongan las percepciones de su emigración, varias de ellas encontradas; que ellos mismos expliquen la adaptación al nuevo país: elegir un sitio para establecerse, buscar alojamiento, aprender el idioma, inscribir a los hijos en la escuela, tratar de acostumbrarse al nuevo ambiente, y lo más complicado, ganarse la vida. Y es que con excepción de algunos, la mayoría no contaba con suficientes recursos económicos para vivir en México sin tener que trabajar. Vale la pena detenerse un momento en este apartado.

Esta obra sugiere ahondar en el análisis de la movilidad socioeconómica que muchos inmigrantes, por no decir la mayoría, alcanzan en México. Tal característica es aplicable también a estos expatriados. Luego de sortear las primeras dificultades económicas de su vida en México, casi todos obtuvieron un empleo (profesores de Mexico City College, de la American School), establecieron un negocio o realizaron una actividad empresarial. Sólo unos cuantos se mantuvieron con sus propios ahorros o de préstamos (fue el caso, particularmente, de los artistas refugiados de Hollywood), motivo por el cual su estancia en México fue corta. Los que decidieron permanecer en este país por un tiempo más prolongado experimentaron una movilidad socioeconómica ascendente. La autora no lo dice explícitamente, pero deja entrever que en su país de origen el ascenso social hubiese sido más difícil de lograr.

La autora narra con cierto enojo y resentimiento, pero con claridad, la incorporación de estos opositores de izquierda al ambiente de la comunidad norteamericana de la ciudad de México. Preocupados por la reintegración de sus hijos a la sociedad de origen, casi todos los inscribieron en el Colegio Americano, institución educativa fundada por antiguos residentes, e integrada, principalmente, por los hijos e hijas de hombres de negocios, de funcionarios estadounidenses, y de mexicanos de altos ingresos. El testimonio de la autora es por demás revelador:

Con el tiempo llegaríamos a descubrir que habíamos ido a dar, precisamente en las manos de la gente de la que huíamos: los republicanos blancos, conservadores y clase medieros. Vivir en México no les impedía seguir habitando sus propios y mezquinos Estados Unidos —un país mucho menos diversificado que el que habíamos tenido que dejar— y seguir llevando a cuestas su don de convertirlo todo en su enclave americano. De nada valía nuestro lenguaje común y la misma identidad nacional. Nos separaban nuestras ideas políticas.¹¹

El espacio sociocultural al que fueron incorporados ocasionó en los hijos de los exiliados estadounidenses angustia, inseguridad, temor, un hondo conflicto. Ellos, no sus padres, tuvieron que convivir con jóvenes de familias muy distintos a las suyas. Ellos eran hijos de izquierdistas, de intelectuales, de artistas, varios de ellos judíos. Estos niños y jóvenes poco se identificaban con el resto de sus compañeros del Colegio; no se sentían aceptados e incluso algunos de ellos recibieron claras muestras de rechazo. Si a esta situación se suma el hecho de vivir en otro país, de ser para sus compañe-

ros mexicanos otros “gringitos” más, como dice un informante (Crawford Kilian)¹² “tolerados, pero no completamente aceptados por los chicos”, y por la misma circunstancia de su vida, tener pocas oportunidades de convivir con otros núcleos de mexicanos, los hijos de los expatriados experimentaron durante un largo tiempo un profundo desarraigo.¹³

El encuentro de los hijos de los expatriados con su comunidad de origen localizada en la capital del país, y con México, es una de las partes más atractivas y conmovedoras del libro, narradas por la autora con emoción, pero sin amargura, tratando de poner distancia de esta experiencia de su vida sin duda alguna dolorosa. Implícitamente, este relato exhorta al lector a reflexionar sobre los conflictos de identidad que enfrenta todo inmigrante.

La distancia con la comunidad norteamericana, por un lado, y con la sociedad nativa, por otro, llevó al grupo de expatriados a cohesionarse. Sus amistades se circunscribieron al mismo grupo y a unos cuantos refugiados españoles y mexicanos (por ejemplo, el dramaturgo Carlos Prieto). Su posición política llevó a ciertos expatriados a entablar lazos de amistad con destacados artistas, intelectuales y políticos mexicanos. Relaciones que difícilmente hubiesen podido establecer como simples militantes de oposición en Estados Unidos. Quizá estas relaciones representaron para algunos de ellos un cierto privilegio de ser disidente en México.

Una de las partes más interesantes del libro, y a la que la autora le destina más tinta, son los capítulos que relatan las actividades de espionaje que la Embajada de Estados Unidos en México, el Federal Bureau Investigation (FBI) y la Dirección Federal de Seguridad (DFS) ejercieron sobre los expatriados. Estas tres dependencias, especialmente la Embajada estaban al tanto de todos los

movimientos del llamado American Communist Group Mexico (ACGM).¹⁴ Fue precisamente la Embajada, la dependencia encargada de impedir que obtuvieran pasaportes, visas, documentos de viaje. La vigilancia que sobre ellos se ejerció ocasionó que durante la mayor parte de su estancia en México el grupo de expatriados viviera con un fuerte temor, y en ciertos periodos específicos, con enorme aflicción y miedo a ser detenidos y deportados. Fue por este motivo que dejaron de participar en política y no se involucraron con el Partido Comunista Mexicano. Y quizá también, por lo mismo, decidieron ocultar su identidad ideológica de izquierda de su propia comunidad de origen, con el fin de evitar la posibilidad de ser delatados y rechazados por los otros norteamericanos.

En el contexto de lucha frontal contra el comunismo, para las autoridades norteamericanas no fue problemático vigilar y perseguir a un pequeño grupo de disidentes en el vecino país del sur, sobre el cual ejercía una enorme presión. Los gobiernos mexicanos de los años 50 y 60, del mismo modo que otros países, hicieron suya la postura anti-comunista, antisoviética, antiroja promovida por el gobierno de Estados Unidos. Esta posición llevó a los dirigentes de México a permitir y apoyar —a través de la DFS— el espionaje y acoso que las agencias secretas de Estados Unidos ejercieron sobre los exiliados norteamericanos, e incluso llegó a expulsar a unos cuantos de ellos.

Hacia la segunda mitad de los años sesenta la persecución de índole macarthista comenzó a extinguirse. La mayoría de los expatriados pudo recuperar sus pasaportes. Fue entonces cuando varios de ellos decidieron retornar a su país. El deseo, nunca olvidado, de que sus hijos se reintegraran a la sociedad de origen, sumado a los problemas que

comenzaba a registrar el crecimiento de la ciudad de México, tales como concentración demográfica, contaminación ambiental, problemas de recolección de basura, ruido, tráfico, un ritmo de vida agitado, intervinieron en su re-emigración. Años más tarde, estos mismos factores, junto con problemas de salud y el hecho de estar envejeciendo, llevó a otros más (en los 70 y principios de los 80) a regresar (entre ellos a los padres de la autora).

Del mismo modo como su emigración a México representó un fuerte impacto, el retorno a su sociedad de origen constituyó otro. Ya no eran los Estados Unidos que habían dejado. Una vez más tuvieron que volverse a adaptar, a acostumbrar, aunque quizá en esta ocasión fue más rápido. Ya en su país, los expatriados presenciaron el colapso de la Unión Soviética y de la ideología comunista. Ellos, sin embargo, no abandonaron su postura democrática, progresista, de izquierda, y nuevamente se vincularon a las causas justas y democráticas de Estados Unidos.

Al relatar la historia de este grupo singular de norteamericanos, Diana Anhalt contribuye a desmitificar la percepción típica, cotidiana, que muchos mexicanos tienen de los gringos, “personas adineradas, ricos, sin problemas económicos, conservadores, pro-imperialistas, sin malicia y hasta simpáticos”. Por el contrario, muchos estadounidenses no representan el éxito económico y social con el que suele identificarse a la sociedad norteamericana; otros son disidentes, críticos de su sociedad, defensores de las causas democráticas, no todos se ajustan al llamado “american way of life”.

Esta historia sirvió también a la autora para reconstruir la historia de su familia, de sus padres, de ella misma, para recuperar sus varias identidades.

Notas

¹ Estadounidenses y norteamericanos son considerados en este trabajo como sinónimos, si bien desde la perspectiva geográfica este último término incluye también a los canadienses y a los mexicanos de la zona norte.

² Revítese Dolores Pla, Guadalupe Zárate et al., *Extranjeros en México (1821-1990). Bibliografía*, México Instituto Nacional de Antropología e Historia (colección Fuentes), 1994.

³ Españoles, alemanes, franceses, italianos, libaneses, judíos, chinos, cubanos, ingleses, guatemaltecos, y otros más.

⁴ Véase Delia Salazar Anaya, *La población extranjera en México (1895-1990). Un recuento con base en los Censos Generales de Población*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (colección Fuentes, serie Documentos), 1996.

⁵ Véase Lillian Hellman, *Tiempo de Canallas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

⁶ En un periodo relativamente breve logró que la zona oriental y la mayor parte de los Balcanes pasaran a formar parte de su área de influencia.

⁷ Diseñada inicialmente por George Kennan en el verano de 1947 y publicada por la revista *Foreign Affairs*.

⁸ Sobre este tema, consúltese también Sergio Aguayo, *El panteón de los mitos. Estados Unidos y el nacionalismo mexicano*, México, Grijalbo, Colegio de México, 1998, pp. 69-177; Paul Willi Adams, *Los Estados Unidos de América*, México, Siglo XXI, 1980; Cedric Belfrage, *La inquisición democrática en Estados Unidos*, traducción de Aníbal Yáñez, México, Siglo XXI, 1972; Pedro Javier González, "Cultura e ideología (1941-1961)", en *EUA, Síntesis de su historia III*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1991; Howar Zinn, "Una guerra popular", en *La otra historia de los Estados Unidos*, México, Siglo XXI, 1999.

⁹ Establecida en 1940, estipulaba como delito el "abogar, instigar, aconsejar o enseñar a sabiendas o premeditadamente el deber, la necesidad, la conveniencia o la propiedad de derrocar por la fuerza y la violencia a cualquier gobierno estadounidense". También el organizar o ser miembro de cualquier grupo que postulara el derrocamiento del gobierno. La condena era de diez años de cárcel y multa de 10,000 dólares. Estas penas se redujeron a la mitad después de la guerra y fueron duplicadas

por Eisenhower en 1956. Exigía registrar y tomar huellas digitales de todos los extranjeros en Estados Unidos. Consúltese Cedric Belfrage, *La inquisición democrática en Estados Unidos*, op. cit.

¹⁰ En 1949 fueron encarcelados once líderes comunistas.

¹¹ Diana Anhalt, *A Gathering of Fugitives. American Political Expatriates, 1948-1965*, Canadá, Archer Books, 2001, p. 69. Sobre los problemas de adaptación que experimentaron los hijos, véase el tercer capítulo del libro.

¹² *Ibid.*, pp. 82-83.

¹³ *Idem.*

¹⁴ Así fueron designados en el archivo Venona del FBI. Este archivo se publicó en 1994. Incluye el desciframiento de 2200 comunicaciones secretas registradas de 1940 a 1948 entre Moscú y estaciones de inteligencia soviética. La sección México comprende 850 mensajes de la KGB entre Moscú, San Francisco y la ciudad de México. La palabra Venona no significa nada, es el nombre dado a este archivo por espías estadounidenses. Véase al respecto Sthepen Schwartz, "La Venona mexicana", *Vuelta*, año XXI, núm. 249, agosto de 1997.



Tesis de medicina de José García y Arrieta, 1771. El retrato de Palafox aparece en el lugar donde se pone generalmente la imagen de un santo.